Ya instalado a gusto, el obispo dijo: «Ahora sí, cuéntame el sueño». Era muy simple. Delaura había soñado que Sierva María estaba sentada frente a la ventana de un campo nevado, arrancando y comiéndose una por una las uvas de un racimo que tenía en el regazo. Cada uva que arrancaba retoñaba en seguida en el racimo. En el sueño, […] «lo más raro», concluyó Delaura, «es que la ventana por donde miraba el campo era la misma de Salamanca, aquel invierno en que nevó tres días y los corderos murieron sofocados en la nieve». […] Había sido alumno del obispo en su célebre cátedra de teología de Salamanca donde se graduó con los honores más altos de su promoción. Estaba convencido de que su padre era descendiente directo de Garcilaso de la Vega, por quien guardaba un culto casi religioso, y lo hacía saber de inmediato. […] Desde su primera conversación con él en Salamanca, el obispo de Cáceres y Virtudes se había sentido frente a uno de esos raros valores que adornaban a la cristiandad de su tiempo. Era una helada mañana de febrero, y a través de la ventana se veían los campos nevados y al fondo la hilera de álamos en el río. Aquel paisaje invernal había de ser el marco de un sueño recurrente que iba a perseguir al joven teólogo por el resto de su vida. Hablaron de libros, por supuesto, y el obispo no podía creer que Delaura hubiera leído tanto a su edad. Él le habló de Garcilaso.

[…] Doce años después había cumplido setenta y tres bien medidos, estaba muriéndose de asma, y sabía que nunca más vería nevar en Salamanca.